

ARGENTINA, EN LA HORA DE LAS DEFINICIONES

GASPAR RAMÍREZ CARRASCO

El lunes 23 de octubre de 2017 por la mañana, en el Salón Blanco de la Casa Rosada, una habitación de techos muy altos, piso de parqué, muebles franceses y una lámpara enorme que dominaba el lugar, el presidente Mauricio Macri se presentaba ante la prensa. El mandatario argentino, de traje azul y sonrosa imborrable, festejaba el triunfo de su coalición en las elecciones legislativas del día anterior y daba por inaugurada la segunda mitad de su gobierno: ahora con triunfos en todo el país, con menos dudas que en 2015, Macri pensaba en la reelección de 2019. Y más allá.

A nivel nacional, la coalición gobernante de Cambiemos se quedó con el 40,59% de los votos, 14 de las 24 provincias, incluidos los cinco mayores distritos electorales: la ciudad de Buenos Aires, las provincias de Santa Fe, Córdoba, Mendoza, y la de Buenos Aires, el gran botín, donde el oficialista Esteban Bullrich se impuso por cuatro puntos a la ex presidenta Cristina Fernández en la carrera al Senado.

Números sorprendentes que acercaban a Macri a las votaciones que obtuvieron el radical Raúl Alfonsín en 1985 y el justicialista Carlos Menem en 1991. Un logro con mérito doble si se considera que ningún presidente no peronista pudo terminar su mandato desde el retorno a la democracia en 1983.

Macri se mostró feliz pero cauto en la conferencia de prensa en la sede de gobierno, donde anunció que el país entraba en una

etapa de "reformismo permanente", aunque siempre gradual, para avanzar hacia el "progreso", ya que ese fue el mandato que, según él, recibió ese domingo 22 de octubre en las urnas y antes, en noviembre de 2015.

"Argentina no debe temerle a las reformas", dijo el mandatario, y prometió diálogos con diversos sectores para impulsar, a través de acuerdos nacionales, las modificaciones que permitan alcanzar las metas de bajar el déficit al 3,2% en 2018, y la inflación. Cambios al sistema tributario, laboral y previsional son algunas de las reformas que el ex empresario ha venido estudiando con su equipo económico.

Pero el camino de Macri y su agrupación Cambiemos fue largo y tuvieron que imponerse al histórico Partido Justicialista (PJ), el peronismo, sobre todo a la facción de ese partido que dominó Argentina por 12 años: el llamado kirchnerismo, que inauguró Néstor Kirchner en 2003, y que continuó su esposa, Cristina Fernández, en 2007, hasta la derrota del oficialismo en las presidenciales de 2015.

Un cambio de signo político que con seguridad puede ser calificado de histórico, y con seguridad también puede afirmarse que no es definitivo, en un país dado a los golpes de timón inesperados. Pero eso es especulación.

Lo que está claro es que Macri, un ex empresario y ex presidente del club de fútbol más popular de ese país, Boca Junior, esa mañana de octubre anunció los cambios estructurales que pensaba poner en marcha en Argentina y que se sumaban a los ajustes económicos de la primera mitad de su mandato, como las alzas de tarifas de luz y gas, servicios básicos subvencionados fuertemente durante el kirchnerismo. Cambios de fondo respecto a la matriz peronista, una mezcla de populismo y caudillismo que un militar impulsó a mediados de los años 40 del siglo XX.

El origen

El 21 de noviembre de 1946, el presidente Juan Domingo Perón unió tres partidos políticos y creó uno nuevo, que más tarde se llamaría Partido Justicialista, el PJ. El peronismo cumplió en 2016, 70 años de la fundación del Partido Único de la Revolución. Cumplió, pero no festejó.

Un no-festejo que explica la esencia del peronismo, una agrupación difícil de entender fuera de Argentina en la que caben desde el neoliberalismo de Carlos Menem (1990-2000), hasta el socialismo de los Kirchner, y que más que un partido, es un movimiento donde los símbolos pesan más que los hitos institucionales.

La fecha sagrada del peronismo, la de los festejos, es el 17 de octubre.

El 17 de octubre de 1945, miles de sindicalistas y obreros marcharon para pedir la libertad del coronel Juan Domingo Perón, ministro del Trabajo encarcelado cuatro días antes. Desde entonces, el 17 de octubre es el “Día de la Lealtad”, día de discursos, de orgullo, de “Perón, Perón, qué grande sos / Mi general, cuánto valés / Perón, Perón, gran conductor / sos el primer trabajador”, como dice el estribillo del himno peronista, un canto infaltable en toda marcha y acto de la actual oposición argentina.

En febrero de 1946, Perón ganó la primera de sus tres elecciones presidenciales, y diez meses después construiría su partido, una fecha al pie de página en la historia peronista. “El peronismo es un movimiento donde lo formal, lo institucional, es marginal, y donde el personalismo, las cuestiones simbólicas, son muy, muy relevantes. La columna vertebral del movimiento eran los sindicatos, y nunca la institución partidaria”, decía el analista político Sergio Berensztein¹.

1 “A 70 años de la fundación del peronismo: más que una institución, un movimiento”, *El Mercurio*, 20 de noviembre, 2016. Disponible en <http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=310101>

Por eso, explica, el hito fundacional es una marcha, lo mismo que la segunda fecha clave del calendario peronista, el 17 de noviembre, el “día de la militancia”, por el 17 de noviembre de 1972, cuando Perón volvió a Argentina después de 18 años de exilio y miles de simpatizantes lo recibieron.

Una pobreza institucional histórica que Berensztein ve graficada, por ejemplo, en que la sede del PJ, sea “un desastre ubicado en un barrio marginal de Buenos Aires”, y que los principales dirigentes del partido siempre han sido políticos de segunda línea.

Porque lo que pasa con el peronismo es que la fuerza está en las bases, en el origen.

El hombre fuerte

El militar Perón siempre desconfió de los políticos. El politólogo Patricio Giusto recuerda que el peronismo “nació como una enorme masa social movilizada espontáneamente detrás de un líder carismático dotado de ciertos rasgos políticos excepcionales, como fue Perón”.

Un fenómeno en sintonía con otros movimientos en Latinoamérica y Europa a principios y mediados del siglo XX. Movimientos personalistas con líderes autoritarios que decían a las masas lo que querían escuchar.

Ya en el poder, Perón mostró su carácter y mandó a encarcelar a los dos gremialistas que organizaron la marcha del 17 de octubre, algo “típico de ese liderazgo autoritario, agresivo de Perón”, comenta Berensztein. Basado en “tres principios fundantes”, soberanía política, independencia económica y justicia social, Perón cautivó a las masas pobres y “cooptó”, además, todos los espacios políticos: el peronismo partió como un gran paraguas ideológico en el que cabían radicales, nacionalistas, conservadores, comunistas, de

todo, con el fin de tener y conservar el poder, “bastante parecido al fascismo italiano”, dice Berensztein.

Perón terminó su primer gobierno en 1952, fue reelegido y gobernó hasta 1955, cuando fue derrocado. Partió al exilio, hasta 1972, cuando volvió “mucho más democrático”, según el ex director de la consultora Poliarquía; los sindicatos habían perdido importancia por la desindustrialización del país, y los políticos adquirieron poder.

Vino el tercer mandato de Perón, en 1973, hasta 1974, cuando murió mientras estaba en el poder. Para Patricio Giusto, experto en conflictividad social, luego de la muerte de Perón, “el PJ se convirtió en una suerte de franquicia a ser disputada por distintas facciones autoproclamadas peronistas, desde ambos extremos de la derecha y la izquierda. Ganar elecciones y acceder al poder ha sido el único método de ‘legitimación peronista’”.

Luego vino la dictadura y el abanico ideológico se abrió. “El aperturismo se le fue de las manos”, dice Giusto y recuerda que dentro del “paraguas peronista se enfrentaron militarmente grupos de extrema derecha, como la Triple A –grupo terrorista formado también por policías y militares– del siniestro José López Rega y los terroristas Montoneros”, una agrupación guerrillera de izquierda que secuestró y asesinó por motivos políticos entre 1970 y 1980.

Aforismos sobre el peronismo, los peronistas y lo que representan hay muchos. Dos de Borges: “Los peronistas no son ni buenos ni malos; son incorregibles”; “los peronistas son gente que se hace pasar por peronista para sacar ventaja”. Uno del propio Perón: “Son todos peronistas”. Y otro que de tantas veces repetido ya se olvidó el origen: “Solo el peronismo puede gobernar Argentina”.

Con Perón muerto, la diversidad en el partido creció. Como buen *catch all party*, “partido atrapa todo”, Berensztein dice que hay que mirar el peronismo en el espejo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) mexicano o del Partido del Congreso indio.

“Uno puede comparar ahora con lo que ha hecho (el presidente ruso) Vladimir Putin. Son partidos-Estado, donde hay una

especie de simbiosis entre Estado y partido, donde el partido coopta instituciones del Estado para hacer políticas que terminan, naturalmente, fortaleciendo a las propias clientelas”, dice el doctor en Ciencias Políticas de la Universidad de North Carolina.

Para el analista Julio Burdman, el peronismo no es el “único movimiento populista latinoamericano de amplitud ideológica”, y menciona, además del PRI, al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Bolivia o el APRA peruano, la agrupación del dos veces presidente Alan García, que “también han cobijado izquierdas y derechas en su seno”. Esto se explica, dice, por el “régimen presidencial, que requiere partidos capaces de formar mayorías electorales y requiere con frecuencia que esos partidos sean heterogéneos, para poder sumar a la mayor cantidad de sectores”.

De esta forma, luego de que los radicales ganaran la presidencia en 1983, después del fin de la dictadura militar, Raúl Alfonsín entregó de vuelta el poder al peronismo en 1989, en unos comicios adelantados de mayo de ese año -debían ser en diciembre- debido a la mala situación económica por la que atravesaba el país.

Este retorno tuvo un carácter de políticas neoliberales, con las dos presidencias de Carlos Menem (1989-1999), quien, junto al poderoso ministro de Economía Domingo Cavallo (1991-1996, antes fue canciller de Menem), impulsó la liberalización de la economía por dos periodos consecutivos.

Después de un segundo gobierno con problemas, Menem le entregó nuevamente el poder a la Unión Cívica Radical -el partido más antiguo de Argentina- esta vez al presidente Fernando de la Rúa, quien sumó errores administrativos propios a los heredados de la era menemista que derivaron en la catástrofe total de 2001.

El deterioro se arrastraba desde la etapa final del gobierno de Menem, marcada por una fuerte recesión que derivó en la crisis social, económica y política, que tuvo como grito de batalla el “que se vayan todos”, y cacerolazos que todavía retumban hoy.

El detonante de la crisis latente fue el recordado "Corralito", una medida creada por Cavallo, ministro de Economía de De la Rúa, y que limitaba el retiro de dinero de los bancos.

La presión popular, la incapacidad de encontrar soluciones, y las imágenes duras de argentinos escarbando en la basura para comer y de policías reprimiendo a los manifestantes que exigían lo suyo llevaron a De la Rúa a huir de la presidencia el 20 de diciembre de 2001.

Luego vino el desgobierno. En trece días Argentina tuvo cuatro presidentes: Ramón Puerta, Adolfo Rodríguez Saá, Eduardo Camaño y finalmente Eduardo Duhalde, quien pudo ordenar algo el panorama, tanto como para organizar nuevas elecciones presidenciales en abril de 2003.

A esa carrera por el poder se presentaron viejos conocidos y también *outsiders* de la política centralizada de Buenos Aires. A la segunda vuelta pasaron Carlos Menem, quien obtuvo la primera mayoría, y un caudillo alto, sureño, que llegó a la capital con un discurso de izquierda, refundacional: Néstor Kirchner.

No fue necesario ir al ballottage ese 2003: ante los malos números que le anticipaban los sondeos (los argentinos lo responsabilizaban en gran parte por la crisis de 2001), Carlos Menem se bajó de la carrera presidencial. De esa manera, Eduardo Duhalde le entregó el poder a su entonces protegido, Néstor Kirchner.

El abogado Kirchner, nacido en Río Gallegos en 1950, era uno de esos tradicionales caciques regionales argentinos.

El nuevo Presidente había construido su carrera en la sureña provincia de Santa Cruz, a donde había llegado a mediados de los años 70 desde La Plata escapando de la dictadura. Primero como intendente (alcalde) de Río Gallegos (1987-1991), y luego como gobernador de Santa Cruz (1991-2003) donde construyó su plataforma política.

Luego, con la crisis total de 2001, Kirchner hizo suyo el discurso de protesta que enarbolaron los argentinos perjudicados

por la doctrina neoliberal de Menem y Cavallo, y prometió, tal como hizo Perón, gobernar para los más pobres.

Su discurso fue un coro celestial para los argentinos que perdieron todo y que añoraban a un Perón, a un Evita, que gobernara por ellos y no para los más ricos, que pensara en sus necesidades y no en las de los oráculos de la economía mundial como el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial (BM).

Kirchner llevó a la Casa Rosada a sus colaboradores más cercanos desde la época de la intendencia de Río Gallegos y que hoy están detenidos y son juzgados por delitos de corrupción: Julio de Vido y Carlos Zannini.

De la administración de Duhalde, el nuevo mandatario conservó al ministro de Economía, Roberto Lavagna –y mantuvo algunas medidas que permitieron estabilizar la economía como la devaluación de la moneda–, y al ministro de Salud, Ginés González, quien posteriormente sería embajador en Chile.

Esos primeros meses en el poder fueron de mano dura, con un Kirchner tomando el timón con firmeza, y que la intelectual argentina Beatriz Sarlo en su libro *La audacia y el cálculo. Néstor Kirchner, 2003-2010*.

En aquellos primeros meses, Kirchner no desplegó toda la rusticidad de su trato, excepto en los desaires a Duhalde, que había que haber tomado seriamente, ya que indicaban que el nuevo presidente no está dispuesto a reconocer nada a su antecesor, excepto conservar a Roberto Lavagna hasta conocer de cerca los problemas y la administración de la economía nacional, avanzar un poco más en la consolidación de lo que se había ganado y, entonces, reemplazarlo. Kirchner nunca fue generoso ni dialoguista. Pero en esos primeros meses esa falta de reconocimiento, esa obsesión por mostrarse solo como producto de sí mismo, quedaba disimulada por una necesidad en la que coincidían él y la mayoría de los argentinos².

² Beatriz Sarlo, *La audacia y el cálculo. Néstor Kirchner, 2003-2010*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011, p. 173.

Néstor Kirchner fue el presidente que los argentinos necesitaban en ese momento, y llegó junto con el cambio de signo político que vivía la región por esos años.

El giro regional hacia la izquierda lo había inaugurado en 1999 el teniente coronel Hugo Chávez Frías en Venezuela, quien asumió la presidencia en febrero de ese año, luego de haber fracasado en el intento por tomar el poder mediante un golpe de Estado contra Carlos Andrés Pérez, en 1992. A Chávez lo siguió Luiz Inácio Lula da Silva, un antiguo sindicalista que asumió la presidencia de Brasil en enero de 2003 con la bandera del Partido de los Trabajadores, el PT. Cuatro meses después llegó Kirchner a la Casa Rosada.

Los años siguientes se fue configurando un cuadro regional con una izquierda de distintos tonos: en febrero de 2006, Evo Morales se convirtió en el primer Presidente indígena de Bolivia; al año siguiente el economista Rafael Correa y su revolución ciudadana ganaron las elecciones presidenciales en Ecuador. A ellos se fueron sumando –con diferentes tonos– José Mujica en Uruguay, Fernando Lugo en Paraguay, Daniel Ortega volvió al poder en Nicaragua, Manuel Zelaya hizo lo suyo en Honduras; y en el camino quedaron algunos proyectos de izquierda populista como Andrés Manuel López Obrador quien estuvo cerca de llegar a la presidencia mexicana en 2006 y 2012, y Ollanta Humala en Perú en 2006, quien en 2011 conquistó Palacio Pizarro pero con un discurso más suavizado.

En cuanto a política exterior, Kirchner integró un bloque regional de izquierda que tuvo como gran logro el rechazo en conjunto con otros países al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), un proyecto liderado por el gobierno estadounidense del presidente George W. Bush y que quedó sepultado en la IV Cumbre de las Américas de Mar del Plata en 2005.

Pero el acento de la administración kirchnerista estuvo en la parte social, con medidas a favor de los damnificados de la crisis del 2001; con medidas económicas que permitieron la disminución

de los índices de pobreza y de desempleo, aumentar el sueldo mínimo, sacar al país de la cesación de pagos, entre otros avances.

Otro de los puntos altos de la "administración K" fue lucha por los derechos humanos, principalmente en la reapertura de los juicios contra los militares que dirigieron la dictadura y que se habían visto beneficiados por una ley de amnistía aprobada durante el gobierno de Menem.

Durante esos años el bloque kirchnerista, conformado en el Frente para la Victoria (FpV) fue tomando el control del Partido Justicialista, y fue presionando y arrinconando cada vez más a quienes identificaba como enemigos de su proyecto y cómplices de la crisis de 2001: empresarios, políticos de derecha, el campo argentino. Contendientes que fueron tomando peso y que explotaría durante la segunda administración kirchnerista, que comenzó en 2007, de la mano de Cristina Fernández.

Como se dijo, Néstor Kirchner no llegó solo a la presidencia argentina.

El matrimonio K

Kirchner estaba casado con una combativa abogada platense nacida en 1953, tan firme y testaruda como él: Cristina Fernández. Tuvieron dos hijos: Máximo y Florencia, el primero más político que la segunda.

Cristina fue una Primera Dama siempre presente, activa y popular, tanto que fue la nominada del justicialismo para las presidenciales de 2007, aún cuando Néstor Kirchner tenía la posibilidad constitucional de ir a la reelección.

Fernández ganó las presidenciales sin problemas y su llegada a la Casa Rosada coincidió con el boom de los *commodities* en los mercados internacionales, lo que permitió que las arcas fiscales engordaran.

En esos años, también, el gobierno nacionalizó los fondos de pensiones, y quiso echar mano a los enormes recursos que estaban